

MONUMENTOS LUISIANOS

EN EL CENTENARIO DE SAN LUIS BERTRAN *

Estoy ahora en la sala del Museo Provincial de Pintura de Valencia que está señalada en el plano con el número romano LVI. Y en el librito titulado *Breve visita al Museo de Bellas Artes de Valencia*, redactado por mi muy querido y docto sobrino Felipe Vicente Garín Llombart, se advierte que la sala 56 y la 57, e igualmente la 58, son salas de la Academia, a las que se llega por una típica escalera valenciana de planta triangular y de peldaños de azulejos guarnecidos de gastado mamperlán; y se dice además que en esta sala grande y alargada, llamada salón de actos, en donde ahora nos encontramos, vosotros escuchando —mil gracias por ello— y yo hablando, se exponen una serie de retratos, que son éstos que nos rodean, de diversos personajes de la Academia, siendo destacables los de los fundadores, pintados por José Vergara, y otros realizados por Agustín Esteve, Parra, etc., y una selección de grabados y dibujos de Piranesi, Rembrandt, etc., que forman parte de los numerosísimos ejemplares de la colección académica.

Todo lo hasta aquí expuesto lo dice detalladamente el texto de la *Breve visita...*, pero lo que no dice ese librito es que en este salón de actos hay también dos leones de talla dorados y hasta con cierta pátina formada por ese imprescindible polvo legendario y secular que no conviene limpiar, puesto que es la aureola respetable de lo antiguo. Y estos dos leones descansan bajo el galón de pasamanería de este tapete adamascado que cubre la mesa presidencial, mesa presidencial muy dignísimamente ocupada en esta ocasión por estas autoridades y por los muy ilustres señores académicos a los que respetuosamente saludo, como también a las señoras y señores que nos acompañan.

Uno de los leones levanta su cabeza, adornada con la aureola rizada de su melena, y su mirada se pierde hacia lo alto, plasmando así el gesto típico del pensador. Y el otro dirige, en cambio, sus ojos hacia el auditorio, e incluso su boca, entreabierta suavemente, sin que pueda calificarse por ello de fauces amenazadoras, parece que está pronunciando una alocución.

Estos dos leones, en esta descripción museográfica que voy haciendo, son la representación plástica y corpórea de mi doble actividad de hoy: la de pensador y la de hablador.

Y como hablador que antes previamente ha pensado, quiero hacer confesión pública de este sentimiento emocional que me embarga al verme por primera vez hoy en mi papel de orador, bajo el techo envigado de este salón, con sus anchas bovedillas adornadas por esos largos relieves de delicados, caprichosos y fantásticos dibujos grutescos y renacentistas con el emblema académico.

Mas por fortuna mis ojos descansan cuando se posan sobre ese sedante color de las paredes que tiene el efecto psicológico de relajar los sentidos y restablecer un equilibrio en esta original y peculiar postura que ha de tener el orador en este salón de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, porque el orador se encuentra como emparedado (me viene el recuerdo de aquellos emparedamientos tremebundos que se mencionan en los siglos pasados de nuestra historia valenciana); se encuentra el orador emparedado, repito, entre el público que, a un lado, le escucha, y el severo estamento académico, al otro lado, cuya presencia es

realmente imponente al ubicarla bajo la aureola jerárquica de este dosel que cubre el sillón presidencial, al que no le falta, para completar su empaque, en el respaldo y en su copete terminal, el escudo real enmarcado por una moldura dorada con talla de haces, flores y ligaduras.

Y así podría seguir describiendo todos y cada uno de estos detalles de un gusto singular y exclusivo que dan a este salón de actos un aire muy peculiar, gracias también a la influencia escenográfica y luminotécnica del tamizado especial de las luces de estos renacentistas y barrocos apliques, porque de todo tienen, formados por el escudo y la alegoría de la Real Academia, consiguiendo palpablemente que este salón se diferencie de todos los demás salones pertenecientes a otras entidades y corporaciones valencianas.

Y quizá sea así y debe ser así, porque nuestra Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, fundada en el año 1768, es la principal de España después de la de San Fernando, de Madrid. Y quizá sea así también por la gran categoría y el alto nivel artístico y cultural de los diversos actos que aquí se vienen celebrando desde su fundación, bajo la presidencia del intendente don Andrés Gómez de la Vega, primer director, hasta la del actual, nuestro sabio don Felipe María Garín Ortiz de Taranco.

Y como prueba de cuanto afirmo me parece que de estos muros rezuman todavía aquellas palabras proféticas de don Manuel Téllez-Girón y Carvajal cuando, ya en los trabajos de inauguración de la primera o primitiva Academia de Nobles Artes de Santa Bárbara, decía en su elegante oración: "Anuncio, señores, con firme confianza, que en esta fecunda casa de Minerva nace hoy una que llamarán los siglos la más famosa Academia"; o también me parece escuchar con agrado las dulces composiciones poéticas del zaragozano don Constantino Gil, que recibió el primer premio de las Odas cuando se celebró, el día 20 de mayo de 1867, el certamen literario para conmemorar el segundo centenario de la instalación en su actual capilla de la primitiva imagen de Nuestra Señora de los Desamparados.

Y yo, señoras y señores, es protocolario y natural, como lógica actuación de cortesía, que por la belleza artística de estos recuerdos pasados, y queriendo agradecer públicamente a esta secular institución el gran honor que me ha concedido al ofrecerme esta tribuna de orador, tan largamente prestigiada por ilustres personalidades, es natural que me dirija a la presidencia rogándole que acepte el regalo de mi mejor obra literaria, titulada *Ermitas y paisajes de Valencia*, que entrego ahora con mi dedicatoria personal para la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de nuestra invicta y gloriosa ciudad de Valencia, capital de su Reino.

* * *

El tema de mi conferencia se anuncia bajo el título de *Monumentos luisianos*. Este título ha sido un título —perdón por la manida palabreja— "consensuado" entre mi primo, el presidente de la Academia y yo, después de haber estimado otros varios.

(*) Texto de la conferencia pronunciada por su autor en el salón de actos de la Corporación, el día 25 de mayo de 1982.

Este título tiene la indudable ventaja de que abarca todo cuanto pienso describir, porque la palabra "monumento" puede aplicarse lo mismo a una gran catedral que a una humilde ermita.

Y mi pretensión es ésta: dar a conocer los más destacados monumentos luisianos que yo he recorrido y que merecen reseñarse, tanto por su arquitectura como por el valor artístico que puedan tener.

En este periplo, itinerario, recorrido, singladura o más bien modesta y familiar navegación de cabotaje que vamos a realizar yo he pedido a San Luis Bertrán que lleve el timón de nuestra nave.

Y se lo he pedido de un modo especial a esa imagen del santo valenciano que parece presidir, desde el pretil del puente de la Trinidad, el conjunto de este barrio eminentemente luisiano.

Esa imagen de mármol, tallada por el italiano setecentista Jaime Antonio Ponzanelli, tiene un remolino de pliegues en su ropaje que parece el romper de las olas por el tajamar del navío, navío que, además, está bien orientado, pues señala rumbo a Levante, como la estatua de San Luis Bertrán. No en balde, la puerta de la muralla que se abría a su espalda en siglos pasados, la puerta de la Trinidad, la llamaban los árabes poetas y sensibles la puerta del "sol naciente", porque era la primera puerta de las murallas de Valencia que recibía el primer beso del sol cuando despertaba en su lecho de mar.

* * *

Ya estamos, pues, navegando hacia el Atlántico, luego de recorrer el Mediterráneo; surcamos el dicho océano, hacemos ruta por las aguas del mar Caribe y desembarcamos en Barranquilla, al norte de Colombia, para llegar a la aldea de Tubará, en donde estuvo de misionero San Luis Bertrán.

Allí hay una iglesia dedicada al santo valenciano y quizá sea la primera que tuvo, incluso antes de ser beato y santo, pues él murió en el año 1581, y en el año 1593, es decir, doce años después de su muerte gloriosa y quince años antes de su beatificación, pues lo fue en 1608, en el proceso iniciado en Cartagena de Indias, hace una sensacional declaración Pedro Coronado Maldonado, vecino y regidor de la dicha Cartagena de Indias, encomendero de Granada y de Timirucó y de cincuenta años de edad.

Y en esta declaración testifica que conoció a fray Luis por ser vecino de esa parroquia de Tubará, y se trató con él e incluso se confesó con él algunas veces. Y luego añade: "y así es cosa muy sabida y cierta que los dichos pueblos en que él doctrinaba son el día de hoy los que parecen más aprovechados y más bien han recibido nuestra fe católica, especialmente el de Tubará, que hoy tienen los indios de él tan grande reverencia a su nombre que le tienen hecha una ermita y lugar de devoción, a donde fue su casa y morada, y le veneran como a un lugar sagrado, a donde acuden en sus necesidades a rogarle ruegue a Dios por ellos; y no lo hacen éstos los indios, sino también los españoles y clérigos de la comarca, y este propio testigo ha acudido varias veces siguiendo la común devoción".

Pero ¿y la prometida descripción arquitectónica y artística de esta ermita?

Nada, amigos oyentes, nada puedo decir, y lo siento, porque no tengo noticia alguna, pese a mi carta certificada que envíe al presidente del municipio de Tubará, departamento del Atlántico, en fecha 11 de enero del año en curso 1982, rogándole me remitiesen noticias y fotografías de dicha ermita.

¿Se ha perdido la carta? Es posible. Solamente puedo contemplar una fotografía que figura en la obra *San Luis Bertrán, Patrono de Colombia*, del padre Pablo E. Acebedo, de la Orden de Predicadores.

En esta fotografía, bastante borrosa, de una vista panorámica de Tubará y sus alrededores, se ve la playa, la arboleda de una selva muy frondosa y apretada, las pequeñas casitas diseminadas y, al fondo, sobre una suave colina que cierra el horizonte, la iglesia.

He cogido una lupa potente y la he contemplado. Es una nave alargada, de paredes pintadas de blanco y tejado a dos aguas. Tiene una puerta lateral y no se ven ventanas ni otros huecos, y en un extremo de la nave se alza un campanario cuadrado con un remate de chapitel. Nada más distinguido.

* * *

Y después de esta navegación a la lejana Colombia regresamos a España y atracamos en la ría de Bilbao.

Es el año 1958. El barrio de Torre Urizar está al otro lado de la ría, hacia el Norte. Es un grupo de viviendas del ensanche urbano Iraja-Barri, que se extiende ya por la falda de la montaña, de esas montañas que forman la hoya de la ciudad de Bilbao.

La fachada de esta parroquia, dedicada a San Luis Bertrán, es de estilo indefinido. Es una mezcla agradable de detalles góticos e incluso románicos. Tiene una gran escalinata de acceso, tan ancha como su fachada, que ofrece el descanso de un rellano largo en la mitad de la subida.

Posee un atrio cubierto formado por tres arcos de medio punto con archivolta, siendo los laterales más pequeños. Los pilares que separan estos huecos terminan en un tejadillo, y entre ellos se extiende una balaustrada que cierra la techumbre del atrio. Sobre el arco principal se eleva un frontón coronado en su vértice por una cruz de piedra.

Unos metros más atrás de este atrio se levanta, esbelta, la fachada de la iglesia, que termina en una ancha cornisa de frontón. Recibe la luz por tres enormes ventanales. Los dos laterales, que son más estrechos, tienen un parteluz en mitad de sus vidrieras. El del centro lo forma un primer cuerpo rectangular dividido verticalmente por cuatro columnitas de fuste muy fino que encierran sendas cristaleras, y como final de la gran ventana se abre un rosetón compuesto por ocho gajos que se centran en un cuatrifolio.

A la derecha de la fachada se alza, elegante, el campanario, que tiene dos cuerpos y un remate. El primero de ellos sobrepasa la altura de la fachada y sus cuatro esquinas están flanqueadas por unos pilares empotrados en ángulo cuyas cabezas las corta un bateaguas de mucha pendiente.

En los muros de este primer cuerpo se abren largas celosías, que son de obra fija, como respiraderos. El segundo cuerpo, que es de sección más pequeña, tanto en altura como en base, tiene cuatro ventanales de arco de formalete y un remate de balaustrada. Sobre esta terraza se levanta, por último, el tercer cuerpo, constituido por unas portadas con columnas y frontones sobre las que se asienta la cubierta de chapitel, cortada por un adorno de molduras paralelas que llegan hasta el vértice, en donde se apoya un larguísimo pararrayos.

Entramos en el templo atravesando la cancela de madera y cristal. El techo es airoso y está en consonancia con la grandeza del interior. Arcos de mucha luz lo forman y parecen cosidos por las vigas que corren a lo largo desde el coro hasta la bóveda del altar mayor. Recuerda un gótico primitivo con techumbre sencilla y rústica de tabicas y cabios.

La parroquia es moderna y se construyó por el año mil novecientos cuarenta y tantos. Nadie nos puede dar razón del porqué de la advocación a su titular, San Luis Bertrán. Nos dijeron que un señor había cedido los terrenos para la nueva iglesia y, como se llamaba Luis, puso como condición que fuese destinada a San Luis Bertrán. La imagen la hizo un artista de Bilbao. No es la de San Luis como misionero que está en éxtasis contemplativo.



**Milagro de San Luis Bertrán. Ideado y dibujado por
Reynaldo en Roma, 26 enero de 1668. Grabado
por B. Thiboust.**

Es una imagen tremenda, tremenda por lo digna de ser temida, porque el santo, con su cruz levantada, está arremetiendo contra un enemigo que a su lado no existe corporizado. Su cruz parece un látigo en sus manos. Es un San Luis que clama enardecido en su misión de apóstol predicador del Evangelio. Las luces, que nos han encendido como obsequio a nuestra visita, recortan sus facciones y resaltan su gesto dramático. Este San Luis, solo en su capilla, tiene una elocuencia arrebatadora y subyugante.

* * *

Desde Bilbao nos trasladamos al alto Maestrazgo, en el Reino de Valencia. Región montañosa de fuerte y brava naturaleza que tiene la belleza telúrica de su entrega al viajero.

Nuestra nave surca ahora milagrosamente, sin fuertes oleajes oceánicos, el suave mar de las mieses castellanas que se adorna con la espuma roja del festón de sus amapolas.

Hemos atracado al fin en Cincorres. Cincorres es un pueblecito que está a quince kilómetros de Morella, y en las curvas de su estrecha carretera de enlace se amontonan las verdes y jugosas ardeviejas o aulagas, sobre las que han caído unos copos de nieve amarilla: es su diminuta, pimpante y juvenil floración.

En Cincorres hace frío y por ello caminamos rápidamente por las calles, bañadas de un sol amarillo, mientras sobre nuestras cabezas se asoman las oscuras tejas que son las rústicas gárgolas de los aleros.

Allí, en una plaza ancha y abierta hacia el paisaje montañoso, nos espera la ermita de San Luis Bertrán. Es un edificio sencillo, de planta rectangular y de paredes maci-

zas de argamasa y mampostería. Prácticamente no tiene fachada con vista al exterior porque la oculta un porche de planta cuadrada con tres arcos ligeramente rebajados.

Esta ermita se construyó, seguramente, a mediados del siglo XVII. El edificio, de unos noventa metros cuadrados, tiene en sus esquinas unas cadenas de recios sillares, y sobre la techumbre de tejas, a dos aguas, se alza una espadaña de piedras labradas, sin cimbalillo sonoro y con tres bolas talladas que tienen cierto aire de acróteras terminales que destacan limpiamente sobre el fondo de un cielo rabiosamente azul oscuro.

Los muros, enlucidos y en parte despintados, de la ermita reciben la caricia de unos cipreses jóvenes que han plantado en la tierra esponjosa de unos arriates que rodean la base de las paredes.

Atravesamos el atrio y, en la pared del fondo, hay una puerta de dos hojas con mirilla y reja en los postigos. Dentro de la ermita no hay nada, pero está la bóveda por arista que luce una impresionante pintura al fresco de acusado estilo barroco y hasta con ciertas reminiscencias de dibujos y figuritas grutescas del renacimiento. Los colores dominantes son los azules y los rojos e incluso algunos fondos dorados, y se enlazan, amorosamente dibujados por la fantasía del autor, hojas, tallos, capullos, frutas, flores y guirnaldas. A este trabajo ingenuo del artista, que seguramente se emborrachó entre las curvas de esta fronda especial, se le podría aplicar como definición acertada la frase que yo he oído a mi primo, el erudito director de esta Real Academia: es "un arte indocto", pero de indudable procedencia o ambientación barroca.

A los lados del hueco donde estuvo la hornacina con la imagen de San Luis Bertrán se perfilan dos figuras de án-

geles perdidas en las curvas y ondulaciones de esta pintura que llevan en sus manos los símbolos más característicos de la santidad de Luis Bertrán: el crucifijo que sale del pistolón asesino y el cáliz con el áspid del veneno. Vale la pena llegar hasta Cincotorres para extasiarse contemplando esta riqueza de expresión pictórica que llena la bóveda y gran parte de las paredes, por debajo de una sencilla moldura que, a modo de rústico cornisamento, recorre los muros.

Y en Cincotorres abandonamos nuestro navío de alto bordo y nos embarcamos en una modesta pinaza de vela e incluso de remos, porque ahora ya no será una navegación de cabotaje, sino, creo yo, un fluvial deslizamiento por los ríos y acequias de nuestra provincia..., pero siempre con las manos de San Luis Bertrán agarradas a la caña del timón. Así iremos seguros. Recordemos las veces que en su travesía oceánica, al ir y regresar de Colombia, calmó con la bendición de sus manos las más medrosas tempestades.

* * *

Hemos llegado a Buñol. Aquí nos reciben con alegría la fuente y la ermita.

Dice la historia de fray Vicente Justiniano Antist que, siendo San Luis un devoto mancebo y creciendo en él cada día la piedad y el fervor, determinó a ir en romería a Santiago, y, en efecto, se fue, y los que siguieron tras él para alcanzarle por encargo de sus padres le hallaron en una fuente cercana a Buñol, que está a varias leguas de Valencia, y para hacerle volver diéronle a entender que su madre estaba para morir de pura tristeza y enojo por su partida, y en memoria de este suceso se le dio a dicha fuente el nombre de San Luis y junto a ella se construyó una capilla dedicada al santo.

En otras historias más modernas aseguran los autores que la ermita, construida en el hoco de un poético anfiteatro, era de forma hexagonal y se levantaba sobre la propia fuente o manantial, y en 1874 se desató una furiosa tormenta que hizo desbordar el barranco de Ripoll, cuyas aguas se precipitaron en catarata sobre la ermita, destruyéndola en un par de horas, y la corriente arrastró la imagen del santo hasta el término de Alfarp.

Y, después de la catástrofe, los vecinos de Buñol y la colonia valenciana costearon la nueva capilla en honor de San Luis Bertrán, que trazó de mano maestra el pintor José Brel, por el año 1876.

En el año 1962, cuando yo visito la ermita, y así cuento ahora la historia mía a mis pacientes compañeros de navegación, puedo observar que la fachada de frontón del ermitorio está flanqueada por dos estilizados pináculos con varios guardapolvos, y por la línea de su cornisa corre, como remate, una graciosa crestería. En el centro destaca un óculo trebolado, y encima de la puerta, de arco apuntado, con archivolta de yeso, ganchos, cardinas y gablete, sobresale la figura y filigrana de un relieve de columnitas y arcos que sostienen una imposta tallada.

En el interior de la capilla, con piso de baldosas blancas y negras, se aprecia el aparejo de sillería de sus muros, rasgados por dos ventanitas góticas, con tela metálica, abiertas a ambos lados, y una cúpula de crucería toda despiezada al estilo y color oscuro de las paredes.

Una araña de cristal pende del empino de estas cuatro bóvedas que forman el techo airoso de la ermita. Hay una oleografía de San Antonio, otra de la Virgen de los Desamparados y otras dos que corresponden a la Virgen del Carmen y a San Vicente Ferrer, el pariente de San Luis.

Una gran estampa de colores figura como exvoto que representa un milagro que el santo hizo a un vecino del pueblo, y lo que sucedió entonces lo leo relatado en un verso que está escrito a máquina sobre un papel pegado al cuadro.

Hay otros exvotos de cera junto al altar mayor, que tiene el frontal de mármol negro y blanco, con volutas también de mármol, pero de tono leonado. Todo está limpio y reluciente, con sus candelabros, crucifijo y búcaros con dalias de vivos colores que aún conservan la jugosidad y el aroma de los huertos donde ellas nacieron.

Sobre el altar mayor hay un retablo pintado en la pared con amplias pinceladas rojas, azules y doradas, y en el nicho, bajo la puerta de cristal, está la imagen del santo. Un San Luis Bertrán de rostro pálido y de gesto y mirar reconcentrado y ausente. "El amarillito", como le llaman familiar y cariñosamente los vecinos y devotos de Buñol.

Lleva una aureola de plata labrada y el manto negro recogido en pliegues bajo los brazos, y en sus manos, extendidas, el libro de rezos y el cáliz con la víbora, que recuerda el clásico y famoso milagro de su frustrado envenenamiento en los años de misionero por las tierras de Colombia.

En la sacristía hay un retablo de azulejos que representa al santo, siempre en actitud estática y pensativa, con un fondo de montes azules y un primer término compuesto por una barraca entre los tonos ocres de una chopera.

* * *

Digámosle adiós a Buñol y pensemos en la nueva ruta que hemos de seguir. ¿Hacia dónde navegar? Pues por el río Clariano y hacia el Sur. Ese es nuestro rumbo. En el horizonte ya se anuncia con resplandor de plata, como la salida de la Luna en noche estrellada, el blanco caserío de Albaida. Por eso se llama Albaida, porque viene su nombre del vocablo árabe *baida*, que significa blanco.

En aquella pequeña loma tenemos que desembarcar junto al borde del camino que sube hasta el antiguo convento o monasterio de Santa Ana, fundado por los padres dominicos durante la primera mitad del siglo xvi.

Aquí hay una capillita de construcción muy simple, pues adopta la forma de un prisma de base cuadrada, como un grueso pilar macizo, que mide aproximadamente dos metros de alto por uno de ancho.

Tiene un rodapié formado por una hilada de ladrillo, y el techo es de obra, sin tejas, de forma piramidal achatada. Todas sus paredes están enlucidas y pintadas de blanco, con algunos manchones provocados por el revenir de la humedad de la tierra. Todos estos datos son del mes de febrero del año 1969, que es la fecha de nuestra visita al lugar.

La capilla tiene una hornacina rectangular que ocupa más de la mitad de uno de sus paramentos. En este hueco hay rehundido un marco de madera, y sobre él, una reja de hierro. Al fondo de la hornacina está el retablo de azulejos que representa la escena del atentado que sufrió San Luis Bertrán, con la leyenda alusiva que dice así:

*Subía San Luis a su convento,
y al llegar a este sitio, darle muerte
intenta un hombre fiero y desatento,
y al disparar el tiro, ¡lance funesto!,
éste en un crucifijo se convierte.
Y viendo tal prodigio aquel malvado,
se humilla, gime y llora su atentado.*

Esta capillita se renovó en el año 1941. Detrás de ella, en la tierra blanca y aterronada del bancale, se alza un algarrobo de tronco viejo y retorcido, como atormentado. Dicen de ese árbol que fue el escondite escogido por el agresor para esperar el paso cansino de San Luis Bertrán camino del convento y hacerle el disparo.

* * *

El convento que levantaron los padres dominicos en esta blanca Albaida lo hicieron alrededor de una vieja ermita dedicada a Santa Ana. En este convento de la Orden de Predicadores estuvo de prior San Luis Bertrán.



San Luis Bertrán: El milagro del incendio de Albaida. Ideado y dibujado en Roma, 21 enero de 1668, por Lázaro Boláns de Pistoya. Grabado por Roberto Clauwert.

De su estancia en Albaida quedan como recuerdos bien patentes y gloriosos la llamada fuente de San Luis, de la que se dice logró brotar agua milagrosa, y la cueva, sótano o cripta donde se retiraba para la oración y la penitencia, que está formada por los propios cimientos de la ermita vieja de Santa Ana.

Esta ermita fue sustituida por otra nueva cuando se construyó el convento. Sus restos sirvieron de cimientos para la nueva edificación, y seguramente, como San Luis la utilizaba frecuentemente para sus rezos y meditaciones, le viene el nombre popular de ermita de San Luis.

En lo que ahora queda de la ermita no se conserva nada digno de mención. Dicen que en aquellos tiempos se veneraba en ella un lienzo de la Virgen y otro que representaba un santo desconocido y que eran propiedad del pintor albadense Francisco Ridaura. También había en dicha ermita una imagen de Santo Domingo de Guzmán, que fue donada al pueblo de Benisoda cuando la tristemente famosa desamortización.

En nuestra visita a la ermita bajamos por unos huertos escalonados, sostenidos por rústicos forjes, hasta llegar al pie de los cimientos de la referida capilla. En sus muros, cubiertos por la hiedra y por algún árbol engarzado que quedó prisionero en el abrazo de sus raíces adventicias, hay un vano estrecho que parece el portillo secreto de una inexpugnable fortaleza.

Entramos por él apartando los tallos ganchosos de las zarzas, que se agarran con fuerza a la ropa, y pisamos el suelo rocoso de una cripta encerrada en los cimientos del ermitorio. Todo este lugar subterráneo está sozalado por muros, contrafuertes y bovedillas modernas de ladrillo común.

Aquí, en este lugar, se refugiaba San Luis Bertrán y pasaba las horas en oración constante.

Y pensamos entonces: ¿Por qué no nos cuentan estas paredes de piedra las meditaciones del glorioso San Luis Bertrán para atesorar virtudes dignas de imitación y arrobiar por nuestra parte buenos propósitos y resignaciones? Ni las zarzas ni las rocas contestan.

* * *

Como los barrancos medio secos de Catarroja y de la Horteta se cruzan varias veces en el término de Torrente, quizá de esos enlaces amorosos van naciendo varias acequias, como la de Picaña, la de Ters, la de Ráfol y la de los Huertos. Es posible que entre todas ellas, contando además con el pobre caudal de los barrancos, nos hagamos la ilusión de que puede continuar nuestro precario navegar por esos cauces y cajeros que, si no llevan abundante cantidad de agua, nos proporcionan, en cambio, unas riberas pobladas de rododafnes, adelfas o baladres floridos, acercándonos al pueblo de Torrente, que aún parece oler a chocolate, recordando aquellos famosos obradores en donde se amasaban los ricos bollos y las gruesas tabletas de este sabroso molido de azúcar y cacao.

En Torrente, cuando estuve en el año 1965, y así mientras os cuento mi recorrido por este pueblo y por el caserío de Mas del Chuche, todos vosotros descansáis, me dijeron que solamente había una ermita y que esta ermita estaba dedicada a San Luis Bertrán, pero que ya era parroquia.

Esta parroquia tiene una fachada neoclásica de gran altura, dividida en tres cuerpos por unas pilastras acanaladas que bajan desde la cornisa.

Estas pilastras, al llegar a la imposta del piso, forman un nuevo dibujo y el acanalado se convierte en un almohadilla-

do piramidal pintado de color azul, en contraste con el tono amarillento del resto de la fachada y el color malva del zócalo.

La puerta, de arco de formalete, emplanchada y de color verde botella, tiene una archivolta de color gris y un adorno de enjutas del mismo color.

Sobre la puerta, encima del fajón, hay una hornacina con la imagen —blanca y negra— de San Luis Bertrán, y coronando este nicho destaca en el frontispicio un rosetón labrado de acusada talla y una pequeña ventana —ojo de buey con artística reja... bordeada por un letrero que dice: "Iglesia parroquial de San Luis Bertrán."

A la derecha se levanta el campanario, que es de planta hexagonal. Yo no sabía, y lo supe después, que este campanario se había edificado encima del primitivo campanario de la vieja ermita. El campanario tiene tres cuerpos bien diferenciados por un cimacio, su enlucido que imita sillares, sus dos ventanitas y los huecos de las campanas, que se abren a todos los vientos.

El remate del campanario es elegante y consiste en un doble templete con pirámides de adorno en su acroterio y una cruz y veleta sobre el cupulín de tejas rojizas. Todo el remate se recorta en el fondo azul oscuro de un cielo tan extraordinariamente despejado y denso que abruma con la intensidad de su colorido mate. La esfera pálida del reloj de pared es como una perla aplastada sobre un lecho de turquesa.

La iglesia parroquial es grande, de planta rectangular y estilo neoclásico. Consta de una nave central y dos laterales con cuatro huecos a la derecha y tres a la izquierda para los altares. Corre a lo largo de las paredes un cornisamento con el friso lleno de dibujos y rosetones renacentistas. Las entradas de los altares son de arco de medio punto con adornos de enjutas de relieve, y la bóveda central es de cañón, con arcos fajones y lunetos; en el piso, de piedra artificial, se imita un losado de mármol, con un zócalo de color leonado.

En el presbiterio está la imagen de San Luis Bertrán, y detrás del altar hay un retablo primitivo. Es una gran tabla con cinco cuadros enmarcados en otros gruesos recuadros dorados y representan todos ellos diversos y populares milagros de San Luis Bertrán. En unos antiguos gozos de esta Villa se lee la siguiente estrofa y estribillo:

*Tu vida fue milagrosa,
y tu amor santo, una fragua;
a ti debemos el agua
de esta fuente prodigiosa,
y tu imagen tan hermosa
nos espera tiernamente.
Glorioso Luis Bertrán,
varón justo y penitente,
eres nuestro protector
y el amparo de Torrente.*

* * *

El lugar del Mas del Chuche está a cinco kilómetros de Torrente.

En este lugar de la Masía del Juez había un palacio muy antiguo. La ermita era una dependencia de este palacio, y en otras habitaciones del mismo viven unas cuantas familias.

San Vicente Ferrer acudía a la Masía del Juez y allí se hospedaba y reponía sus fuerzas, según cuentan los del lugar, y allí había una fuente, pero ahora no lleva agua.

San Luis Bertrán también visitaba con frecuencia esta ermita. Y este pueblecito torrentino, valenciano y labrador, en donde hacen muy buenas paellas, celebra sus fiestas bajo la protección de sus santos patronos, San Vicente Ferrer y San Luis Bertrán.

La fuente se la conoce con el nombre de fuente de San Luis Bertrán, y aseguran que sus aguas, cuando circulaban y manaban, eran muy milagrosas.

La fachada de la ermita es de frontón, con cornisa de curvas barrocas. La puerta está emplanchada, y unos clavos de cabeza de concha forman graciosos adornos. Encima hay un retablo de azulejos y un óculo con fajón de ladrillo.

La ermita me causa una grata impresión porque es vistoso su decorado de despiezo, en el orden dórico de su arquitectura, y la profusión de dibujos y grecas de follaje de tono gris que adorna el intradós de los arcos, los florones y el borde de los lunetos, así como también el friso del cornisamento denticulado.

Hasta el propio altar mayor, bajo su techo de cascarón, imita un retablo con sus columnas de corto imoscapo estriado y con camillas; su frontón, recto, y su aureola, como remate, pintada alrededor de la paloma del Espíritu Santo, debajo de la que campea la leyenda popular del santo valenciano: "*Timete Deum.*"

Allí está la imagen de San Vicente Ferrer, y en las capillas laterales, la de San Luis Bertrán con el cáliz, el áspid y el crucifijo, y la del Niño Jesús de Praga. En la bóveda han pintado varias sentencias como recordatorios para el pueblo devoto: "Hablar y reír es falta grave." "En la casa de Dios, oración, recogimiento y piedad." "Dios está presente: reverenciémosle", y "El templo es la casa de Dios."

El frontal de los peldaños del presbiterio está formado por azulejos antiguos, que son como los del hospital de sacerdotes pobres de Valencia. Hay una ventana con reja de hierro forjado y recios remates, y sus frailerones, carcomidos, tienen gruesos cuarterones separados por peñazos de sencilla talla.

* * *

Y ahora, antes de dejar definitivamente la nave o barquichuela y entrar a pie llano en Valencia para recorrer y visitar los últimos monumentos y lugares luisianos, nos vamos al pueblo de Tormos, utilizando las aguas del embalse de Isbert, que está a once kilómetros de Pego.

En la plaza de Tormos se levanta la parroquia dedicada a San Luis Bertrán. La fachada, ástila y jaharrada, termina en sus extremos laterales por dos cadenas de sillería. La remata una doble curva y contracurva coronada por una cornisa que sirve de base a una doble espadaña con campanas bajo arcos de formalete, sostenidos por tres semipilastras. Sobre el cornisamento de la espadaña hay un pequeño frontón y dos pilares bajos con adornos de jarrones.

Ante la puerta de entrada se extiende una escalinata de piedra, de rellanos rectangulares y escalones de masilla. La puerta es de arco adintelado y jambaje de sillares. Las dos hojas están emplanchadas y tienen postigos. Sobre el de la derecha, unos clavos chanflones han dibujado el cáliz y el áspid.

Sobre el aparejo de dovelas radiales que forman el dintel existe una hornacina con techo de cascarón, y más arriba, una ventana rectangular y abocinada cerrada por una vidriera.

La iglesia consta de una sola nave, con dos altares a cada lado y un crucero de poca profundidad. La bóveda es de cañón, con arcos fajones, lunetos ciegos y unos florones pintados en el intradós. La del crucero es vaída y la sostiene el juego de los cuatro arcos: dos torales y dos formeros.

La iglesia es de estilo barroco y del orden corintio. Sus capiteles rematan las pilastras embebidas que separan los altares, y en aquéllas se apoya el cornisamento de moldura denticulada y friso pintado que imita un placado de mármol verde, que va "retozando", según término técnico empleado por Feduchi, los entrantes y salientes de las paredes.

Todos los paramentos están ribeteados por un filete de color oscuro que destaca fuertemente del fondo blanco de

la pintura de la parroquia, dándole un aspecto elegante y geométrico.

El colosal y efectista retablo del altar mayor es de madera tallada y de estilo barroco bien definido, con toda clase de rocallas, volutas, guirnaldas, habas, acantos, cartelas, cintas, modillones y cornucopias. El cuerpo principal sobresale gracias a las dos columnas, con acanalado helicoidal y largos escusones en sus basas, entre las que se abre una gran hornacina de fondo pentagonal y techo abovedado que guarda la imagen de San Luis.

Es de tamaño casi natural y sostiene en su mano derecha el libro y el cáliz con el áspid. Lo llamativo de esta imagen es su ropaje, de tela, pues lleva como hábito una túnica de raso blanco y adornos bordados y una capa negra con un ligero dibujo dorado en sus orillas.

La cara del santo, aureolada por una corona de plata, es de rasgos atrayentes y simpáticos, ingenuos e infantiles. Para tapar el nicho hay una cortina. Una vez bajado este telón aparece en la superficie una pintura al óleo. Es un San Luis de cara arrobada con el crucifijo en la mano y un fondo de árboles frondosos. A sus pies se arrodilla un labrador que lleva al brazo una manta listada de colores. Mira con ojos asombrados al fraile dominico y sus manos se juntan como si orase.

En uno de los arrimaderos de un altar lateral hay un retablo de azulejos: es un enterramiento del año 1778.

* * *

Desembarcamos definitivamente. Solamente nos quedan cinco recorridos y éstos los haremos rápidamente a pie. Son: la *Fonteta*, el Hospital, la Casa natalicia, la Pila bautismal y la Celda.

Decía Martínez Aloy hace ya muchos años: "La Fonteta de Sant Lluís, con su piadoso prestigio, sagrada ermita y pintoresco camino de poco más de media legua, bordeado de acequias y cañizares, árboles y plantas, era el sitio que usufructuaba, con justicia, la pública predilección, y todas las tardes, casi en ruta, acudían a la bendita fuente familias honestas cargadas de chiquillos y meriendas, en compañía de las hijas casaderas y pretendientes de intención no enrevesada. Dándoles la bienvenida los labriegos del contorno, que, por unos cuartos, llenaban sus faldas de membrillos y también de granadas, pues ambas frutas constituyen la especialidad de aquellas partidas. Dos chorreros de agua fresca se precipitan en la pila con tenacidad inquebrantable, y la plazuela era un campo de esparcimiento sometido a la vigilancia de viejas refunfuñonas."

Ahora ya no hay camino a la *fonteta* que vaya hermanado en su andar con la acequia ni que serpentea bajo la sombra llameante de los cañizares.

El camino es calle, no hay rumor de hojas ni algarabías de pájaros. Y la iglesia y parroquia surge de pronto, dominando su campanario los tejados de la barriada y algunas oliveras y maizales que aún quedan.

Allí está la fuente, junto a la iglesia, que tiene fachada de ladrillo sin enlucir. La mano de una imagen de San Luis colocada en un nicho sobre el cornisamento de la puerta la bendice.

La fuente, de silueta barroca y de taza en forma de pechina tiene una entrada ajardinada y la cierra un banco de piedra con barandilla de hierro. En el frontón de la fuente hay unos retablos de azulejos que representan dos de los muchos milagros reconocidos en el proceso de canonización y que obró el agua del manantial, bebida por los enfermos con esa fe ciega y absoluta del buen creyente.

El padre Luis Bertrán, antes de ser canonizado, era un fraile dominico de salud quebrantada que padecía con resignación, entre otros males, el tormento constante de la sed. Y un día le llevó un amigo suyo por la huerta de Ruzafe hasta la umbria de la fuente. El dominico bendijo el agua y bebió de ella. Se acercó entonces un enfermo que

hacia seis meses padecía de calenturas muy fuertes. El religioso le dijo que bebiese de aquella agua y el enfermo se resistió porque afirmaba que era dañosa para su mal, hasta que el padre Luis le convenció, y al punto quedó curado de su enfermedad.

En la parroquia hay, en el testero del altar mayor, en el imafronte, que es recto, una gran hornacina sin puerta de cristal. Es un nicho franqueado por una pareja de columnas estriadas que terminan en sendos capiteles corintios. Una archivolta de arco de medio punto completa la fachada de este retablo, y sobre ella hay dos ángeles de talla robusta que sostienen una cartela enmarcada por frondas y guirnaldas.

En esta hornacina está la imagen de San Luis Bertrán. El fondo curvo de la misma y el techo, de cascarón, pintados de blanco, se adornan con pinturas de ángeles que rodean la imagen del santo. San Luis mantiene el crucifijo con su mano levantada, mostrándolo al pueblo, y en la otra mano lleva el libro de rezos y, encima de la tapa, el cáliz y el áspid venenoso.

A los lados de esta hornacina, y sobre ménsulas doradas, están las tallas de San Vicente Ferrer y San Isidro Labrador. En las paredes laterales de este presbiterio hay dos cuadros grandes de forma rectangular y enmarcados por una gruesa moldura de obra. Representan la muerte de San Luis acompañado del Patriarca y otros personajes, y el milagro de Albaida, cuando el disparo del revólver del caballero que pasa por su lado galopando se transforma en un crucifijo.



J. J. Espinosa. - Muerte de San Luis Bertrán.
Museo Bellas Artes de Valencia.

Como la moldura del cornisamento, que tiene mucho vuelo, corre a lo largo de la nave central y cruza el imahfronte, en el tímpano formado por aquella y la línea curva de la bóveda de cañón destaca una gran pintura mural de vivos colores. Es una reproducción del cuadro de José Camarón que luego grabó Tomás Rocafort, y representa a San Luis Bertrán sentado gloriosamente en un nimbo de nubes, y a sus pies, el pretil de la famosa fonteta, de la que brotan dos recios chorros de agua, y junto a ella, dos grupos de mujeres con vasijas para llenarlas del agua milagrosa.

Parece que el rumor del agua, en la quietud y placidez de esta tarde que recoge nuestra visita a la *fonteta*, nos canta aquella estrofa, ya muy antigua, de los gozos dedicados al glorioso San Luis Bertrán, venerado en la ermita de la fuente de su nombre, en la huerta del lugar de Ruzafa:

*Llegad, valencianos, - bebed de esta fuente,
ungid vuestra frente, - pedid con fervor;
porque del cielo, abriendo - puertas eternas,
vendrán a raudales - las gracias de Dios.*

Y las flores en los arriates y las frutas en los árboles y las verduras en la crestería de los caballones forman el coro, que responde entusiasmado:

*Tu gloria y prodigios, - Luis bien hadado,
mi pecho inflamado - admira, y tu amor.*

* * *

El paisaje de la huerta ha quedado a nuestra espalda. Llegamos a la ciudad y entramos en ella. En la calle del Trinquete de Caballeros hay un *atzucat*, o callejón sin salida, que no tiene nombre especial. Al fondo, a la derecha, luego de pasar bajo un saliente matacán de mucho vuelo, sostenido por unas cartelas de sillería, se llega a una puerta emplanchada que tiene un jambaje de sillares. Se atraviesa el zaguán en penumbra, se abre una cancela de madera y se entra en el pequeño claustro, recoleto y de armoniosa arquitectura, del antiguo Hospital de Sacerdotes Pobres, convertido actualmente en Seminario Mayor de la Inmaculada.

Tiene un patio enlosado que está lleno de plantas y macetas con abundantes hojas verdes, brillantes y húmedas por el riego casero y cuidadoso de las monjas.

Es, en verdad, atrayente para la fibra artística de toda persona sensible admirar esas recias paredes de ladrillo y las pilastras de sillería que sostienen las arcadas que forman las pandas del claustro, adornado con los medallones de vistosa azulejería de un vía crucis colocado entre las archi-voltas de los arcos.

Es de alabar también la perfecta simetría de los balcones, con barandillas de hierro forjado, sus mesetas de obra "manisera" y los huecos abocinados que *raskan* el grosor de los muros. Un filete oscuro recorta los perfiles de los planos y da elegancia al vano del balcón. Todos ellos tienen un cierre de postigos fraileros y vidrieras rectangulares.

En una de las pandas hay dos grandes retablos de 204 azulejos cada uno de ellos.

El que ahora interesa y se describe representa el árbol genealógico de la fundación de este hospital. Junto al tronco del árbol, con una rodilla en tierra, aparecen el rey don Pedro IV de Aragón y el arzobispo de Valencia Hugo de Fenollet.

El rey dice y sentencia, así está escrito en el retablo: "Ego plantavi." Y el arzobispo le responde y confirma, también está escrito: "Ugo rigavit." Y a uno y otro lado figuran estas dos leyendas como lápidas conmemorativas: "Año 1356 se comenzó y en 1394 se completó esta Real Casa Hospital y Cofradía con Reales decretos del Rey Don Pedro IV de Aragón, y a su ejemplo se afiliaron Cofrades los reyes de Castilla, León, Navarra, Portugal y otros; los Príncipes, Duques, Grandes y Nobles." Y en la otra leyenda así se dice: "En dicho año 1356, el Ilmo. D. Hugo de Fenollet, Obispo de Valencia, aprobó esta Real Fundación que tiene

por Cofrades, como se ve, Santos, Beatos, Venerables, Pontífices, Cardenales, Arzobispos, Obispos y un sin número de famosos eclesiásticos."

Sobre las ramas de este frondoso árbol, a un lado y otro del tronco, naciendo todas ellas de la horcadura, están, como gorriones en sus nidos de hojas verdes, las cabecitas de todos los grandes personajes, civiles y eclesiásticos, de aquellas sucesivas épocas. Es deleitoso irles reconociendo uno a uno, gracias a sus ingenuos rasgos faciales.

Y en una celda de este hospital vino a parar San Luis Bertrán cuando se puso enfermo. Le cuidaron, entre otros, el beato Juan de Ribera, que hoy es santo; el beato Nicolás Factor y el hermano del fraile dominico, llamado mosén Jerónimo Bertrán, que era precisamente el racional de esta antigua Casa-Hospital de la Virgen del Milagro.

Se sube por la ancha escalera con arrimadero valioso y peldaños de azulejos, bordeados de oscuro mampelrán de madera muy gastada por el roce, hasta llegar al primer piso. Los pasillos, limpios y cuidados, relucen como el oro. En sus paredes, sobre los preciosos zócalos, hay retablos de azulejos que recuerdan hechos y milagros del santo valenciano Luis Bertrán, y al subir, en el hueco de la escalera, destaca un gran medallón que encierra esta leyenda: "Pauperum, hospitalis, sacerdotum. Urbi et orbi."

Los retablos son los siguientes: La Virgen, junto al lecho del enfermo Luis Bertrán, le ofrece una tacita de caldo. San Luis Bertrán, sentado a la mesa de unos desahapados encomendados de las Indias, estruja entre sus manos el pan que le han servido y brotan gotas de sangre. San Luis Bertrán, en las misiones de las selvas colombianas, hace aparecer en el tronco de un árbol gigantesco una cruz labrada, y el cacique, con los suyos, se convierte y pide el bautismo. El disparo de una pistola de un caballero vengativo, dirigido contra San Luis Bertrán, se transforma milagrosamente en un crucifijo. San Luis Bertrán celebra misa acompañado del Patriarca y otros personajes, mientras, sobre el altar, se aparecen los ángeles. El Patriarca don Juan de Ribera cura con sus propias manos la llaga que tenía San Luis Bertrán en una rodilla. La toma de hábito de San Luis Bertrán, recibéndola de fray Juan Micó, prior de predicadores... Y algún otro retablo que seguramente se habrá quedado olvidado en el fondo del tintero.

La celda que el santo ocupó está al fondo del pasillo, a mano izquierda. La puerta está engalanada con abundante ornamentación barroca.

Es una pequeña estancia, de unos cuatro metros por tres, y tiene unos zócalos de azulejos con dibujos barrocos, muy ingenuos y graciosos, que representan escenas de su activa vida misional en Colombia.

Encima de este zócalo hay otro de ladrillos de alfarería corriente. Son los de la primitiva pared, que están resguardados por un cierre de cristal para que nadie los pueda tocar. En ellos se aprecian algunas manchas oscuras de sangre seca, recuerdo de sus actos de disciplinante. El resto de las paredes está pintado de blanco y el techo es un artesonado de vigas de madera y tabicas.

Al fondo hay una ventana de vidriera emplomada. Frente a ella han colocado una mesa de estilo renacimiento con su moldura o reborde de cocas y los prácticos fiadores de hierro forjado que sustituyen a las clásicas chambranas y travesaños. Sobre la tabla solamente hay un vaso de color rojo y dentro de él oscila la llama de una lamparita de cera.

A la izquierda, en la esquina, un sagrario de metal dorado.

La antigua celda se ha convertido en capilla. Desde la ventana se veía, en tiempos del santo, un jardín interior. Ahora, abierta la ventana, se ve, bajo el alféizar, el antiguo jardín convertido en patio de recreo para los seminaristas. San Luis Bertrán plantó un ciprés, que se hizo tan alto como el edificio. Fue arrancado de raíz por un violento

huracán que reinó en Valencia el día 9 de octubre de 1842, y es de notar la coincidencia de ser dicho día aniversario de la muerte del santo.

* * *

En la plaza de San Luis Bertrán está la casa natalicia. Es, para mí, la gran catedral luisiana. Unas notas históricas son necesarias para ambientar el escenario. En el año 1608 es beatificado fray Luis Bertrán. Su hermano Jaime, que vive todavía en la casa de la familia Bertrán-Exarch, construye una capilla en la misma habitación donde nació San Luis, siendo inaugurada en 1610 por mosén Escolano, que era rector de San Esteban, la parroquia colindante, y cronista del Reino de Valencia; y en octubre del año 1615, Jaime Bertrán, en su testamento, dice: "done, deixe y legue al dit Convent de Predicadors de la present ciutat, la capella que he obrit en lo lloch hon naisqué lo dit sanct pare Luis Bertrán, mon germá..."

Sin embargo, años más tarde, volvía la capilla a la propiedad de los herederos de San Luis Bertrán, que hoy la conservan y cuidan con esmero y devoción ejemplar.

Y ahora entramos en la gran capilla y pequeña catedral. El piso es de losas de mármol blancas y negras, sin que formen un conjunto ajedrezado. En el techo, de cielo raso, aparece pintado el escudo de los Romani, descendientes de San Luis. Las paredes, blancas, tienen un arriadero de azulejos valencianos, de los llamados de medio pañuelo.

A los pies de la capilla hay un pequeño coro sostenido por dos columnas estriadas de hierro. Entre ellas, de una barra de madera con anillas, penden dos cortinas rojas abiertas en pabellón y recogidas por unos cordones atados a sus alzapaños. El techo del coro es un artesonado con adornos de rosetones.

La capilla tiene bancos con almohadones tapizados de rojo damasco, sillas de varios estilos, amén de unos reclinatorios de diferentes modelos.

Al presbiterio se sube por dos escalones de mármol blanco entre dos barandillas de madera. Al lado derecho hay un púlpito cuadrado sostenido por dos cartelas de hierro. El pasamanos del púlpito, al que se entra por una puerta falsa abierta en la pared, está cubierto con un tapete de damasco rojo con adorno de galón dorado y fleco de borlitas de color carmesí, destacando el escudo bordado de la casa Romani.

A la entrada del presbiterio, es decir, a derecha e izquierda, y bajo el adorno de unas grandes páteras de hojas de acanto pintadas de gris, hay dos tableros de madera que dicen lo siguiente: "San Luis Bertrán profesó el 27 de agosto de 1546. Murió en su convento de Santo Domingo el 9 de octubre de 1581. Fue beatificado por S. S. Paulo V el 29 de julio de 1608. Fue canonizado por S. S. Clemente X el 5 de abril de 1671." "Los parientes, excmos. señores Marqués de Monistrol y de Aguilar, Barón de Beniparrell y otros títulos, dedican al culto del Santo, el sitio donde tuvo lugar tan fausto suceso."

En el techo del presbiterio hay un fresco que representa una corona de angelitos formando un coro glorioso. La capilla fue pintada en el año 1979 por el artista don José Llopis, notable pintor que sabe tapar las juntas y grietas de tal forma que no se abren ni se ven. Así me lo han asegurado.

Dos sendas lámparas de metal dorado y de estilo gótico, con vaso de cristal rojo, alumbran el altar. La mesa luce en su frontal jaspes de variados y ricos colores, y un alto-relieve con adornos barrocos en donde campea el escudo de armas de los Escrivá de Romani.

El retablo, de madera, lo forma una hornacina de arco de formalete, con marco ancho y dorado. El fondo está pintado de rojo. Flanquean la hornacina dos pilastras lisas con un resalte imitando placas de mármol, y terminan en dos cabezas de serafines alados que sirven de capitel. El remate del retablo es un entablamento sencillo con guirnal-

das doradas en el arquitrabe y una cornisa final con moldura de modillones.

La imagen de San Luis Bertrán está tallada por Vicente Rodilla, nuestro gran imaginero. Lleva el manto negro recogido bajo el brazo izquierdo y sostiene en la mano derecha el libro y el cáliz dorado con la víbora venenosa. Con la mano izquierda levanta un crucifijo. La imagen ostenta un delicado trabajo de estofado y su estilo barroco le da amplitud jerárquica a los pliegues del ropaje, que se adornan con dibujos dorados.

En las paredes laterales del presbiterio aparecen pintados en dos medallones los perfiles de Juana Angela Exarch y Juan Luis Bertrán. Son los padres del santo. También se leen en dos cartelas lo siguiente: "A la memoria y culto de San Luis Bertrán, su pariente el M. Y. Señor Barón de Beniparrell", y "Reedificada donde nació el Santo, Segundo Angel Valenciano. Año 1848." Hay una urna de madera tallada que guarda el almohadón de San Luis. En una placa de plata se dice que sobre ese almohadón descansó la cabeza del cuerpo incorrupto de San Luis cuando se veneraba en su altar de la parroquia de San Esteban.

La enumeración de los cuadros es interesante. Hay un apostolado pintado al óleo. Los lienzos de los apóstoles estaban hace años tan oscuros que nada se apreciaba en ellos, pero fueron restaurados en Madrid y ahora se ven con claridad los rostros de los apóstoles.

Hay otro óleo de Petrus Mártir. Otro representa a San Juan de Ribera revestido con larga casulla, de rodillas y con los brazos extendidos, contemplando extasiado a la Virgen María. En otro óleo figura la escena milagrosa del abrazo de los dos dominicos y parientes, Vicente Ferrer y Luis Bertrán, cuando éste visitaba la celda de San Vicente para pedirle protección y ayuda. Otro cuadro es de Santa Catalina de Siena, y por último se deben reseñar los cuatro grandes lienzos que representan las escenas siguientes: La del envenenamiento de San Luis en Colombia; la de San Luis Bertrán bautizando indios de Nueva Granada; San Luis auxiliado por las santas María Magdalena y Catalina Mártir, que curan las heridas producidas por las disciplinas, mientras la dama tentadora huye cerrando la puerta de la estancia. Una estrofa de antiguos gozos de San Luis, del año 1807, canta así esta poética escena:

*Vencida ya una mujer,
que venceros determina,
Magdalena y Catalina
del cielo os baxan a ver,
con el laurel victorioso
de vuestra gran resistencia.*

El último óleo es la muerte de San Luis Bertrán. Sobre el grupo de nobles, personajes y frailes que rodean el lecho, aparece entre nubes la Virgen María con su corte de ángeles que tocan instrumentos musicales, entre ellos, la flauta y el laúd. Y esta dulce música celeste queda sonando en el interior de esta gran catedral luisiana cuando cerramos la puerta, que siempre se encaja y protesta con el chirrido de sus charnelas de hierro.

* * *

A unos pasos de esta plaza de San Luis Bertrán está la parroquia de San Esteban. En ella fue bautizado el niño Luis Bertrán, en la misma pila que lo fue su pariente Vicente Ferrer, 186 años antes.

No es posible, por falta de tiempo, contar la historia de esta antigua parroquia ni hacer narración de su belleza arquitectónica, en especial de su bóveda y paredes esgrafiadas en blanco y azul.

Me he de limitar ahora a la enumeración rapidísima de los detalles luisianos. Destaca en lo alto del entablamento del altar mayor una gran imagen de San Luis Bertrán que lleva entre sus manos el crucifijo que salió cuando el tiro del pistolón. Hay otra imagen, obra del escultor Rodilla, en

el altar dedicado a San Luis, en cuya urna se guardaba su cuerpo incorrupto, que fue trasladado desde el convento de los dominicos en el año 1835, cuando aquella desamortización siempre inolvidable.

Recuerdo ahora una estrofa de los gozos que le cantaron al santo cuando sacaron su sagrado cuerpo en pública rogativa en la guerra de la Independencia:

*Desde el alto cielo - tu vista endereza
a esta ciudad noble - hermosa y amena.
Ve, cuál, los franceses - furiosos la acechan
como par de leones - que observan la presa.
No nos desampares - en esta contienda,
Bertrán milagroso - socorre a Valencia.*

Hay otro cuadro precioso del gran pintor Espinosa. Y otra estatua, talla de Carmelo Vicent Soria, que, junto con la de San Vicente, preside la rica y dorada capilla con cúpula y domo, donde está la pila bautismal de San Vicente Ferrer, cuya propiedad y patronato corresponde al ilustre Colegio Notarial de Valencia. En esa pila fueron bautizados santos, beatos, venerables, ilustres personajes y miles y miles de valencianos, entre los cuales, por fortuna, me encuentro yo.

Y este Bertrán milagroso, este hijo ilustre de Valencia, este gran dominico cuyo cuerpo se guardaba incorrupto desde su muerte gloriosa, fue sacado hace años por unos desalmados, no para llevarlo en una procesión de rogativas, como otras veces, sino para arrastrarlo por las calles, entre burlas e improperios, y quemarlo por último para mayor escarnio, en la tranquila y recoleta calle valenciana de la Libertad, travesía de la calle del Salvador. Nunca en Valencia hubo tanto duelo, porque toda la ciudad se estremeció de pena, de dolor, de vergüenza y de culpabilidad.

* * *

Dejemos los recuerdos de este horrible suceso y acudamos, por último, a las puertas del convento de Santo Domingo, en la Rambla de Predicadores. Por cierto, que en esta iglesia del convento de predicadores, con motivo de la canonización de San Luis Bertrán, en el año 1671, con grandes fiestas populares, se levantó un altar diseñado por el valenciano José Caudí, que era el más importante entre los decoradores e ingenieros de la ampulosa y barroca decoración de estilo calderoniano, ya que este gran genio de nuestra literatura, Calderón de la Barca, había influido con los versos de sus dramas, en las obras que realizaban estos artistas que corporeizaban el exaltado mundo de imágenes calderonianas.

Y San Luis Bertrán, en su canonización, la tuvo también, y es justo que ahora, al conmemorar el cuarto centenario de su muerte, nos acordemos también del tercer centenario de la muerte de Calderón de la Barca, ya que San Luis tuvo en su altar una exaltación del genio del dramaturgo español. No puedo extenderme en más detalles, aunque es muy interesante la descripción que de este altar y de sus adornos alegóricos y emblemáticos nos hace el cronista de entonces, doctor Carbonell, con su fluido y conceptuoso lenguaje.

Yo tengo en mi librería, y lo guardo como oro en paño, un libro impreso en Valencia en el año 1722. Este libro habla de las constituciones de la santa y venerada celda del padre San Luis Bertrán, situada en el Real Convento de Predicadores. El libro se ha disfrazado ya con el color y las ondulaciones del pergamino, pero a mí, de todo este libro, que tiene empaque de códice viejo, lo que más me entusiasma es la segunda parte, que se refiere a la breve y devota descripción de la gloriosa celda del padre San Luis Bertrán, acreditada con singulares prodigios y favores celestiales.

Esta celda, que estaba ahí, en el convento de los dominicos, fue descrita en 1722 por la pluma del muy reverendo padre Vicente Beaumont de Navarra, hijo, y lector de Sagrada Teología del Real Convento, maestro en Arte por la

Universidad de Valencia y examinador sinodial en el Obispado de Teruel.

Y este Vicente Beaumont nos habla de la disposición antigua de la celda y nos hace mención de una de las habitaciones que en ella había, pero que no la frecuentaba San Luis porque era muy lóbrega y húmeda. De esa misma habitación se subía a otro cuarto que era más espacioso y en donde regularmente habitaba San Luis.

Parece ser que aquellas estancias no eran muy elevadas de techo y debían ser muy estrechas las ventanas, ya que posteriormente se hicieron grandes reformas en el interior del convento buscando una mejor holgura y abundante luz.

La ventana de la celda de San Luis Bertrán caía sobre un pozo del que el santo se servía para su limpieza, y apoyado en el alféizar de ladrillo, el santo gozaba de la amenidad del huerto del convento y de un espacioso y bien adornado jardín que llamaban recreación, por la que allí, entre sus frutales, arrayanes y surtidores, tomaban, después de comer, los religiosos. La amenidad —sigue relatando el padre Vicente Beaumont— y adorno de aquel lugar excitaba frecuentes afectos en nuestro santo con que suspiraba por la celestial Jerusalén que en aquella material frondosidad se le representaba.

San Luis salía a la ventana muchas veces, y pasando los ojos por las flores y plantas, los fijaba después en el cielo y suspiraba por aquella patria; pero, deseoso de perfección y de humildad, tenía nuestro santo en un rincón de la celda un cancel de madera, y detrás había una estancia reducida que era el lugar de sus penitencias. Estaban con sangre paredes, tablas y pavimento.

Los buenos libros que allí tenía el santo formaban una abundante biblioteca que, después de su muerte, se subieron a la librería del convento más de setenta tomos, y otros fueron repartidos entre los religiosos.

Tenía como adorno en su celda una imagen de Cristo crucificado que le habló en muchas ocasiones, cuando el santo, de hinojos, le pedía con humildad su divino amparo; y sobre la mesa conservaba como recuerdo inapreciable otra imagen de Cristo, más pequeña que la anterior, compañera y guía en sus misiones por las tierras del nuevo continente.

Hacía respetable también su celda otra rica joya que le robaba todos los afectos. Era una imagen de María Santísima, coronada de su sacratísimo rosario y matizada de flores; y esta imagen santa la trajo un cautivo de Argel en cumplimiento de cierto voto, y llegando a manos del santo la destinó para su refugio y amparo: y a la vista de sus ojos, siempre buscando el apoyo de sus devotos Vicentes, tenía las imágenes del Mártir y del Ferrer.

Su moblaje era sencillo y humilde: unos asientos, una mesa para sus estudios, un arca grande donde dormía vestido y dos libros gruesos que le servían de almohada... Y en esta celda que habitó los últimos años de su vida, cuántos hechos milagrosos, cuántas conversiones, cuántos sabios consejos y cuántas grandezas derramó el Señor por los manos humildes del santo valenciano!

Dignísimas autoridades. Señoras y señores:

El viaje por mar y por tierra ha terminado, gracias a Dios. Justo es que, como reconocimiento al experto timonel que ha dirigido con acierto y maestría el gobernalle de nuestro navío, vuelva a visitarle en el puente de la Trinidad para, con sincero homenaje de gratitud, cantarle con fervor y en vuestro nombre, como pueblo valenciano que le ama, aquella deliciosa tonada de sus gozos más famosos:

*Pues tiene el pecho amoroso
de Dios tan grande clemencia,
rogad, Santo milagroso,
por nuestra Patria Valencia.*

Y también a todos vosotros, queridos amigos, mis triples gracias más rendidas y fervorosas por vuestra asistencia, paciencia y atención.

LUIS B. LLUCH GARIN